

Mistral: la pedagogía de la ruda ternura

Marcia Ravelo Medina
Docente Universidad de Chile
marcia.ravelo@gmail.com

*Este verde campo es tuyo
de quién más podría ser
las oleadas de alfalfas
para ti sean de mecer.¹*

Ronda por Gabriela

Pensar y hablar de Gabriela Mistral nos invita a reconocerla, en lo que podría identificarse como dos facetas de su compleja figura. Pensamos en ella, Gabriela, como la maestra rural y como la intelectual que vivió por más de 30 años fuera de Chile, su país. Indudablemente, hay significativas dimensiones de su porte que se escapan sin ningún mezquino motivo en estas líneas. Lo cierto es que no puede obviarse su talante poético, su prosa, la intensidad de su verbo, que a veces es un cuna meciéndose y otra, una mano temblorosa enfrentando la fragilidad huesa de la carne humana como lo sugieren los primeros versos de su primera obra poética “Desolación”:

*Con el mentón caído sobre la mano ruda,
el Pensador se acuerda que es carne de la huesa,
carne fatal, delante del destino desnuda,
carne que odia la muerte, y tembló de belleza.*

(Mistral, 2017, p. 7)

No, no limito un retrato de Mistral que opaque o ignore esta profundidad reflexiva y su sublime estética poética, solo que relevo o relevaré en estas líneas que esa nobleza

¹ Poema “Canción amarga”. Ternura.

literaria corona a Gabriela como profesora e intelectual. Desde el “laberinto de cerros”², como llama a su tierra originaria, Mistral viaja por América y el mundo escoltada por los fantasmas de su tiempo, de su tierra, de su gente. Esa larga estadía entre Europa y su querido continente fue siempre acompañada por ese saquito de tierra de Montegrande, su hogar natal que llevaba consigo donde fuese³.

Su canto lírico y su refinada pluma en crónicas, conferencias, cartas y recados anuncia la trama compleja de su pensamiento laborioso. Su palabra denuncia y anuncia. Esa palabra que, en cualquier gramática, se articula contra las injusticias, desnuda a los discursos floridos y elabora nuevos bríos, especialmente, para niños, niñas y mujeres, sus inspiraciones más esenciales. Ella clama por las personas oprimidas y olvidadas del mundo, pero no es reclamo simple, ni una lisonja misericordiosa de buena cristiana; ella no olvida su cuna ni los sinsabores de la orfandad y la esquiva fortuna. Mistral enarbola una exigencia ética para su patria, en un Chile que mira el progreso en los albores del siglo XX. Esa exigencia es de justicia y nobleza.

Gabriela Mistral, poeta, intelectual y maestra es prodigio en la palabra para transmitir con agudeza su pensamiento. Su reflexión profunda viste de poesía y también de prosa. Se trata de una prosa que entusiasma, que juzga, que condena y que deviene en genuinos manifiestos políticos sin tutela ni adscripción ideológica. Claro está que sus escritos también traen los sonidos y texturas de la naturaleza, visitan la espiritualidad, susurran a lo divino y exhiben sin ambages cómo la poeta dialoga filosóficamente con el arrojo existencial, con el sosiego atormentado frente a la muerte y, en un plano más inmediato y material, con las miserias de la raza humana.

Considerando la extraordinaria obra de la poeta chilena, me animo a proponer en este ensayo una reflexión que me ha surgido leyendo algunos textos y relejando otros, especialmente, pensando con atención en el contexto social actual y desde el sentir como mujer, madre y profesora.

² “Cómo escribo”, prosa.

³ Museo Gabriela Mistral, Vicuña.

Me confieso una lectora aficionada de Mistral, para nada una experta. Como muchas personas de mi generación, la conocí siendo muy niña en los libros de la escuela pública. Su imagen entonces era la de una señora impecable y de la maestra rural, la que dulcemente, se sobrecogía por esos “piececitos azulosos de frío”⁴. Esos versos y poemas como “La Pajita”⁵ o “Todas íbamos a ser reinas”⁶ poblaron mis lecturas y mi imaginario respecto a la poeta de Vicuña. Luego, con mi formación en educación y el oficio de una lectura más reposada y de goce estético accedí a una perspectiva que iluminó a la Mistral pensadora.

Este 2025 celebramos los ochenta años del Nobel de Mistral y, en esa fiesta que nos anima como pueblo y como gremio educativo, estimo que se abre una excusa, una valiosa excusa para celebrar una ronda de maestros y maestras. Una ronda que signifique un encuentro para conversar y compartir los poemas y los textos de Mistral, concederle el tributo justo en medio de los abultados escaparates de responsabilidades y reproches que se hacen a la profesión docente. Muchos de aquellos son dagas que, incluso, nos auto infringimos.

En este ensayo propongo y defiendo una perspectiva para pensar la pedagogía mistraliana desde la noción de *una ruda ternura pedagógica* y, con modestia la comparto como inspiración o convocatoria para jóvenes profesores y profesoras de nuestro país. En este cometido trabajaré con algunas creaciones de su prosa y poesía con la finalidad de fundamentar una lectura pedagógica y política de la *ruda ternura* que siento latir en los imaginarios de sus versos y en las figuras de su prosa.

Fundo la idea de *ruda ternura* en los versos del poemario Ternura y en la vehemente ética de su prosa política, esto es, aquella donde su reflexión configura el espacio público como el lugar para todos y todas, sin distinciones ni supremacías.

Respecto de aquellos considerados como sus escritos políticos recojo algunos textos reunidos en la obra titulada “Por la humanidad Futura, Antología Política de

⁴ Del poemario Ternura, “Piececitos”, Sección “Casi Escolares”.

⁵ Del poemario Ternura, “La Pajita”, sección “Jugarretas”.

⁶ Del poemario Tala, Sección Saudade.

Gabriela Mistral”, publicado por Pollera ediciones y editado por Diego del Pozo (2020), quien en el prólogo de este trabajo releva la resonancia intelectual de Mistral con unas señas inconfundibles que la retratan como la intelectual que es:

De soberbia inteligencia y nivel de comprensión, su relato trasciende sin problemas hasta hoy. Así también nos pertenece a todos: su obra es para la humanidad completa sin excepción de raza, género, nacionalidad o tiempo. Gabriela Mistral es tan chilena, latinoamericana o europea, como lo fue su humanismo sin fronteras, así como en vida lo fueron sus pies y maletas”. (Del Pozo, p. 8)

Gabriela, como Mistral, aquel viento seco y frío del Mediterráneo, remeció sin indiferencia la literatura mundial tocando a variadas manifestaciones terrenas: los animales y plantas, montañas y valles, flores y hierbas y, por cierto, como aventurada viajera caminó con las personas, especialmente, con los pobres, las mujeres, los indígenas, las niñas. En algunas de sus frases y versos, propias del viento atrevido de su alma, hizo estremecedoras semblanzas sobre los afligidos del mundo, aquellos a quienes años más tarde, otro latinoamericano, el uruguayo Eduardo Galeano (2014) rotulaba, con ironía, como Los Nadie:

Que no son, aunque sean.
Que no hablan idiomas, sino dialectos.
Que no profesan religiones,
sino supersticiones.
Que no hacen arte, sino artesanía.
Que no practican cultura, sino folklore.
(Galeano, 2014, p. 42)

Con aquella sensible atención que funde inteligencia y belleza en la palabra, también nuestra Mistral recrea en sus versos una ventana para observar a aquellas almas invisibles para el trajín mundano de las altas esferas intelectuales y políticas que las tiene por pintorescas, autóctonas, bárbaras. Lo hizo, poniendo en evidencia, por ejemplo, el exterminio y las injusticias del colono contra algunos “nadies” de nuestra

morena tierra americana:

Sol del Trópico
Sol de los Incas, sol de los Mayas,
maduro sol americano
Sol en que mayas y
quichés reconocieron y
adoraron, y en el que
viejos aimaríes
como el ámbar fueron quemados.
(Poema, sección América. Dos Himnos, p.
263)

Hoy asistimos a momentos muy desafiantes para los entornos educativos en la escuela formal. Ante lo que observo y vivo de cerca como profesora de formación, me vuelco a pensar en Mistral como un referente para las nuevas generaciones de docentes en medio de un contexto social, político y económico tensionado por amenazas concretas y severas a la vida misma, a la democracia y al futuro compartido.

Este texto busca revisar qué elementos harían parte de esa *pedagogía de la ruda ternura* y ofrecerla como una oportunidad para maestros y maestras noveles en el camino que les toca recorrer en sus vidas profesionales, a menudo, desoladas de motivos. Como me anima la juventud docente, pienso en Gabriela, más allá de las fotografías de una señora de traje de dos piezas, seria y entrada en la cuarta década de existencia, esas fotos que son usuales en los libros de especialistas o en las antologías de estudios. Muy posiblemente, esa imagen que yo misma de niña recuerdo de la poeta. Por el contrario, elijo evocar en estas líneas a esa mujer joven, provinciana, maestra autodidacta, sencilla y errante que a sus treinta y tres años emigra definitivamente de Chile con gran parte de su apuesta pedagógica elaborada y un contundente cometido poético.

No quiero expresar en modo alguno que los años restan valía o solidez a las

personas, que no se me acuse de consagrar a la juventud por su lozanía o proyecto, muy por el contrario, acudo a esa mujer joven por su valentía y fortaleza; en las personas jóvenes, docentes o en oficios diversos, veo, en general, la energía y la sana porfía para no claudicar ante la fatiga de nuestro tiempo. Entiendo que no es recomendable como argumentación racional generalizar o esencializar en ningún caso y sobre ninguna materia. La experiencia humana es compleja y diversa. Sin embargo, uno de los asuntos que posibilita la escritura ensayística es la propuesta de tesis o conceptos que conduzcan a la reflexión desde la particular mirada de quien escribe haciéndose de los recursos para esculpir sus ideas en una pieza maciza. No sé si lo logre con la perfecta solidez que exige la norma, pero la oportunidad de hacerlo resulta un ejercicio que (me) agradezco.

Elijo, decía, a Gabriela joven porque tuvo coraje cuando la llamaron intrusa, pues no tenía el título de profesora, una carencia de certificación que no fue provocada por su deseo o desidia alguna, menos aún, por ausencia de capacidad académica. Con justa razón Gabriela hizo frente a las habladurías o miradas desdeñosas.

Yo no tengo el título, es cierto, mi pobreza no me permitió adquirirlo y este delito, que no es mío sino de la vida, me ha valido el que se me niegue por algunos, la sal y el agua. (Mistral, 2017, p. 153)

Yo no soy la intrusa que decís en el mundo de los niños. Lo soy, según vosotros, porque enseño sin diploma, aunque enseñe con preparación, porque no estuve al lado de vosotros en un ilustre banco escolar de un ilustre Instituto. (Mistral, 2017, p. 165)

Generalmente nuestra sociedad acusa a la juventud de desproporcionado ímpetu en sus vocerías o acciones frente a las afrentas que le ponen las circunstancias sociales de sus contextos. Tal vez debería ensayarse en todas las generaciones cómo elaborar respuestas precisas y justas. Resalto, en mi perspectiva que Gabriela dedicó la directa palabra y con suma elegancia castellana a quienes le volvieron la cara y la miraron con rechazo porque no tenía título formal de maestra.

Las personas jóvenes de este u otros tiempos suelen ser vistas como intrusas al ingresar al sistema productivo o respecto de la toma de decisiones familiares, políticas,

económicas; entonces se interroga con sorna: “¿qué van a saber?” o “les falta experiencia”, sentencian las personas adultas “expertas”. En el mundo educativo formal, este asunto no es muy distinto con las profesoras y profesores jóvenes que se estrenan en las escuelas urbanas o en lugares apartados para enseñar a los niños y las niñas a leer y a conocer el mundo desde las letras y las imágenes de los libros.

Nuestro amargo tiempo

¿Pero por qué pensar en aquellos y aquellas que se inician en la pedagogía? ¿Acaso algo les cabe por hacer cuando ya parece que la pedagogía pierde interesados estrepitosamente?⁷ Observo al país en el que vivo y el contexto distópico a nivel mundial: alta conflictividad territorial, ocupaciones, crimen, escasa o nula posibilidad de diálogo para enfrentar aquellas situaciones que lesionan a las personas y, especialmente deja en fragilidad a los niños y a las niñas.

Quienes ejercen la docencia se vinculan directa y diariamente con la niñez y su trenza indefinida de sonrisas, llantos, miedos y sueños que nutre el universo de la sala de clases en los recovecos y vías centrales de las metrópolis y la ruralidad. No obstante, aquello que es un hecho innegable no encuentra conducto avisado para una protección eficiente y amorosa desde los dispositivos estatales, la escuela pública, la familia. Pareciera que se olvidara que la humanidad está compuesta por seres humanos que requieren tratarse, como exige la poeta, con el mayor de los privilegios:

La infancia servida abundante y hasta excesivamente por el Estado, debería ser la única forma de lujo -vale decir, de derroche- que una colectividad honesta se diera, para su propia honra y su propio goce. La infancia se merece cualquier privilegio. Yo diría que es la única entidad que puede recibir sin rezongo de los mezquinos eso, tan odioso, pero tan socorrido de esta sociedad nuestra, que se llama “el privilegio”, y vivir mientras sea infancia, se entiende, en un estado natural de acaparamiento

⁷ Cfr. Observatorio Docente, del CIAE de la U. de Chile.

de las cosas excelentes y puras del mundo, en el disfrute completo de ellas. (Mistral, 1979, p. 62)

Duele, entonces, ponerse al corriente de las cifras de violencia que afectan a la niñez en diferentes naciones y con explicaciones de diverso cuño. En nuestra propia tierra nos alarman noticias de maltrato o abuso en niños y niñas. En ocasiones, pienso que solo impacta por unas horas o, a lo mucho, por un par de días la información pública televisada sobre niños esclavizados o la muerte de jóvenes víctimas de bandas transnacionales que les utilizan como engranaje de sus circuitos delictivos. Luego de ello, nada cambia, unas palabras de condena de las autoridades o desde las instituciones públicas afines y, luego, todo sigue igual o peor hasta el próximo dolor sin nombre, sin memoria. En ocasiones no se presta atención a la responsabilidad de tener a la niñez en responsabilidad directa, pareciera que solo basta con cuidarles y darles alimento como signo inequívoco de amor. bell hooks, pensadora y feminista afroamericana, intenta explicar que amar no se reduce a los cuidados, ni el castigo es señal de corrección justa y menos aún educativa, sino que lesiona, perturba, duele:

A muchos les cuesta admitir que no puede haber amor donde el abuso y la violencia están a la orden del día. Por regla general, a los niños que han sufrido maltrato físico o psicológico, sus padres o tutores les enseñan que el amor puede coexistir con el maltrato. Y, en casos extremos ese abuso es una expresión de amor. (hooks, 1999 p. 34)

Ese dolor se filtra por las ventanas y las puertas de las escuelas como si fuese una fría y oscura niebla que recorre pasillos y circunda la ronda niña. Solo la tibieza de esa ronda infantil mantiene a raya la mancha del desamor y la mezquindad mundana en el segundo milenio cristiano. ¿Qué mensaje y, sobre todo, qué forma de vida se enseña a aquellas nuevas generaciones niñas y jóvenes que acuden a las escuelas y liceos?

En las redes mediáticas y en la televisión queda a la vista un amasijo de intolerancia, de violencia verbal y física derivadas de continuas disputas de la vida cotidiana rabiosa, descontenta, carente. Cada persona atraviesa aquellos tormentos en

butaca de testigo mediante ventanillas *smart* que, al unísono, sintonizan ansiosamente con todo y nada en una ruleta infinita y agotadora. Y peor aún, cada persona protagoniza esta furia societal con disímil proximidad, pero con certera desazón en su camino hacia la faena, la oficina, la universidad, la escuela, la casa. Lamentablemente en las escuelas y liceos no ocurre algo muy distinto, ya sea que busquemos su origen en la propia conflictividad social de nuestra era o en los efectos de la pandemia sanitaria reciente.

Los líderes y las organizaciones de tribuna mundial y que supuestamente trabajan de manera mancomunada por el bien de la humanidad elaboran pliegos de objetivos de desarrollo con agendas delimitadas y bien intencionadas. Así, cada nación suscribe esos objetivos en vistas al bienestar transversal de la humanidad, por ejemplo, mirando el año 2030. Desde las cumbres de la institucionalidad cosmopolita se imaginan y proponen encomiables acciones de los Estados como una carta de navegación para una vida más humana y humanizante y la suscriben magistraturas de primer nivel de cada territorio. Vaya que sí se hacen esfuerzos y se disponen recursos. No me atrevería a juzgar, malamente, su sentido y su necesidad específica. Sin embargo, ¿qué ocurre a nivel cotidiano, en la academia, en las escuelas, en los barrios? ¿Cómo cada persona, especialmente, la profesora, el profesor, toma en su mano aquella tarea de hacer de nuestra vida una experiencia de paz?

La ruda ternura para la felicidad niña

La idea de una ruda ternura pedagógica en Gabriela Mistral me ha surgido, como ya he mencionado antes, al releer la obra “Ternura”, publicada, inicialmente, en el año 1924, y leyendo también algunos de sus escritos clasificados editorialmente como textos políticos. “Ternura”, como obra poética, es pródiga en imágenes que aluden a los cuidados y mimos para el niño pequeño. Literalmente, la voz poética pone adoración hacia el niño, a quien canta y encanta para el sueño y el juego. Y entonces, pregunto: ¿qué o quién es el niño?

Reviso esas rondas y esa imperturbable vigilia hacia el niño en la cuna, en los

brazos de la madre; entonces reparo en que cada imagen anuncia un canto a la felicidad
niña, al tiempo que se promete próspero y fecundo:

Corderito

Corderito mío,
suavidad callada:
mi pecho es tu gruta
del musgo afelpada.
(Mistral, 2019, p. 94)

Suavidades

cuando yo te estoy cantando,
en la tierra acaba el mal
todo es dulce por tus
sienes la Barranca el
espinal.
(Mistral, 2019, p. 95)

Apegado a mi

Hierbecita temblorosa asombrada de vivir
no te sueltes de mi pecho:
¡duérmete apegada a mí!
(Mistral, 2019, p. 96)

Mistral defiende, con *Ternura*, al mismo tiempo obra poética y gesto ético, esa felicidad pasada, ese juego y ese sueño calmo ajeno a los males que conforme pasan los años atraviesan la existencia humana para ponerle en frente su pasajero hálito vital. Y entonces, la poeta sabe que la carne se volverá putrefacta y se añorará el tiempo de la ronda, es decir, el tiempo eterno de la risa y el juego que cautiva a los niños y las niñas. Se añorará la felicidad niña. ¿Acaso no atesoramos esa acalorada jugarreta de la niñez? ¿Cómo nos

desafiamos hoy a que los niños del presente capturen esa felicidad entre sus manos, de las maneras más sencillas y nobles en complicidad con la tierra y el agua?

¿En dónde tejemos la ronda?

¿En dónde tejemos la ronda?

¿La haremos a orillas del
mar? El mar danzará con mil
olas haciendo una trenza de
azahar.

¿La haremos al pie de los montes?

El monte nos va a contestar.

¡Será cual si todas quisiesen,
las piedras del mundo,
cantar!

¿La haremos, mejor, en el bosque?

La voz y la voz a trenzar,
y cantos de niños y de
aves se irán en el viento a
besar.

¡Haremos la ronda infinita!

¡La iremos al bosque a
trenzar, la haremos al pie de
los montes

y en todas las playas del mar!

(Mistral, 2019, pp. 123-124)

Por otro lado, Gabriela muestra una mesurada rudeza en su prosa política. No se trata de tosquedad en la lengua ni en el estilo literario, muy por el contrario, las formas de sus textos son exquisitas. La rudeza que veo en Mistral se corresponde con esa razonabilidad brava e inquieta con la cual analiza su tiempo y sus signos, sobre todo si se trata de la humanidad que sueña como maestra y pensadora. Es una prosa valiente y fuerte que critica con fundados argumentos la desigualdad y la bajeza. Relevo, como mujer, por ejemplo, cuando se refiere a los desafíos en mora de la prosperidad feminista de la época. Ante ello, Mistral evoca sin oblicuidad ni eufemismos:

Santa ronda nacional de mujeres sería esa en que la mano pulida coja la mano prieta, y la aparadora de zapatos escuche, de igual a igual a la maestra y la costurera diga a la patrona cómo van viviendo ella y sus tres hijos con su salario de tres pesos. Asamblea cristiana en que la dueña de la vivienda pútrida mire la prueba de ésta en la cara sin sangre de su pobre inquilina. (Mistral, 2020, p. 42)

Muy posiblemente, esta inquietud de Mistral aún hace sentido a muchas mujeres que no pesquisan en su cotidiana existencia los avances de los feminismos pretéritos ni de los vigentes de pañoleta verde y morada. Más bien, son batallas que han visto de lejos y como más propias de mujeres de clase media, jóvenes, estudiosas, conocedoras de las artes y amigas de las ciencias. Tal vez, esa Gabriela que le hablaba al feminismo en 1925 nos preguntaría hoy: ¿y si nos volteamos hacia la obrera, la vendedora de la tienda, la señora de la cocina en la escuela o en el casino de la empresa?, ¿si nos acercamos a la mujer silenciosa que limpia la calle o a la mujer madre migrante que busca dignidad? ¿Hay logros de los feminismos blancos y mestizos en aquella que trabaja de sol a sol, quien camina sonámbula y vuelve a empezar infinitamente, siempre por otros y otras, a veces rabiosa, otras resignada, otras sonriente?

En medio del contexto feminista de su tiempo, en los albores de la lucha por el sufragio de las mujeres y la figuración que alcanzaron Amanda Labarca, Inés Echeverría o Brígida Walker, ella, Mistral, la otrora intrusa, se cansa de que le pregunten si es feminista, porque:

No existe la gran sociedad que inspire la confianza suficiente para que obreras, empleadas, maestras, médicas, católicas, liberales, socialistas, comunistas destaquen hacia ella representación, reciban sus gestiones y presenten a su vez las suyas. El feminismo llega a parecerse a veces en Chile a una expresión más del sentimentalismo mujeríl, quejumbroso, blanducho, perfectamente invertebrado, como una esponja que flota en un líquido inocuo. Tiene más emoción que ideas, más lirismo malo que conceptos sociales; lo atraviesan a veces relámpagos de sensatez, pero no está cuajado. (Mistral, 2020, p. 40)

Con estos asuntos a la vista, cuando pienso en la *ruda ternura* como lectura y perspectiva posible para una pedagogía nueva o que enfrente con gallardía las huellas feroces de la época actual rememoro el concepto de amor armado que recupera el educador brasileño Paulo Freire del poeta Thiago de Melo en “Cartas a quien pretende enseñar” (2010), versión en castellano del título original portugués “Professora sim, tia não” (Profesora sí, tía no).

En dicho texto, Freire invita a los educadores y las educadoras no solo a un trato con sus estudiantes o educandos, sino, sobre todo, invita a un pacto para consigo mismos como maestros y maestras, gestores de un mejor mundo. Se trataría, entiendo, de una alianza entre la iniciativa de educar y los embates cotidianos de la educación bancaria. No lo dice de este modo de manera literal, pero si recurro a su obra y pensamiento, es aquello lo que resuena cuando remite:

...amorosidad no sólo para los alumnos sino para el propio proceso de enseñar. Debo confesar, sin ninguna duda, que no creo que sin una especie de "amor armado", como diría el poeta Tiago de Melo, la educadora o el educador puedan sobrevivir a las negatividades de su quehacer...

...Sin embargo, es preciso que ese amor sea en realidad un "amor armado", un amor luchador de quien se afirma en el derecho o en el deber de tener el derecho de luchar, de denunciar, de anunciar. Es esta la forma de amar indispensable para el

educador progresista y que es preciso que todos nosotros aprendamos y vivamos.
(Freire, 2010, p. 56)

¿Acaso no se necesita un “amor armado” para no perecer en momentos en que no hay oídos para escuchar ni disposición a encontrarse para el aprendizaje transformador? ¿En tiempos en el que solo hay repetición de la noche oscura?

La cabalgata

(fragmento)

Oír, oír, oír,
la noche como valva,
con ijar de lebrel
o vista
acornejada, y
temblar y ser fiel,
esperando hasta el alba.

La noche ahora es
fina, es estricta y
delgada. El cielo
agudo punza lo
mismo que la daga
y aguija a los
dormidos la tensa
Vía Láctea.
(Mistral, p. 240)

Valentía que ronde al sosiego

Mistral, replica constantemente sobre igualdad porque entiende al mundo en una comunión horizontal en el que se enlazan naturaleza y cultura. Su obra lo deja en

evidencia si se revisan los títulos y los versos de sus poemas. Esa naturaleza que es lo divino, especialmente si pensamos que ella nace en el valle, cobijada y observada por la montaña, el viento, la tierra y sus colores secos. La naturaleza es su patria también, su suelo legítimo, su atmósfera originaria. Desde allí, aunque viva en México o en Estados Unidos, se levanta para hablar poéticamente al universo como si estuviera esparciendo piedrecillas de cuarzo de su amado valle elquino.

*En montañas me crié
con tres docenas alzadas.
Parece que nunca,
nunca,
aunque me escuche la marcha,
las perdí, ni cuando de día
ni cuando es noche estrellada,
y aunque me vea en las fuentes
la cabellera nevada,
las dejé ni me dejaron
como a hija trascordada.*

*Y aunque me digan el mote
de ausente y de renegada,
me las tuve y me las tengo
todavía, todavía,
y me sigue su mirada.*

(Mistral, Tala, p. 20)

La ruda ternura pedagógica del maestro y maestra debería defender un mundo con democracia e igualdad con firmeza serena, clara y honesta: “Los dedos del modelador deben ser a la vez firmes, suaves y amorosos” (Mistral, 2018, p. 34).

Para convertir esa ruda ternura en trabajo pedagógico constante hay que poner a

disposición de la formación y guía de niños y niñas, algunas cualidades tales como la imaginación y gracia. Allí, recorro a la maestra-poeta en su pensamiento pedagógico. Estas cualidades las destaca la educadora Mistral en sus referencias sobre el oficio de enseñar y las exigencias que pone a quien se anime a este recorrido con pulcritud y rigor: que debe leer y cultivarse cada día, pero también sonreír, ser ligero y gracioso. La preparación y el cuidado intelectual y personal de quien educa son requisitos que Mistral entiende como imprescindibles para una humanidad que cobijaría a lo que he dispuesto llamar aquí la *felicidad niña*. Me permito citar una expresión perfecta en este sentido:

Lo malo y también perverso es que esa gran señora, la Imaginación, va pegada a otras señoras o bien que éstas viven a medias de ella y que cuando cae pulverizada la Dama, o cuando, con la operación profesoral, se la empala, las otras desgraciadas, sin darse cuenta empiezan a flaquear o acabarse. Es lo que ocurre con la inteligencia y menos ostensiblemente, con la sensibilidad. (Mistral, 2018, p. 31)

¡Yo te invoco, Señor, dueño de la Gracia, al empezar mi trabajo! Entre ella a mi aposento cerrado y ponga sus manos sobre mí. Sin la gracia, mi estudio sería un jadeo, y yo no quiero faena con gemidos...

Dé a mis pensamientos suavidad de óleos, pues no los amarán si tienen las asperezas de las limas. (Mistral, 2018, p. 70)

Vaya qué exigencias enarbola Mistral, qué complejo y desafiante se presenta el acto de enseñar ¿y cómo no? Es que en este despliegue se alcanza contacto con la vida que explora tempranamente el mundo. Lo que preocupa hoy es que tal exploración encuentra más pronto que tarde y, al mismo tiempo, a lo baladí y lo grotesco. Aquello, vislumbro, arrebatada en nuestra era el tiempo y espacio de esa felicidad niña, no la asegura en los espacios comunes de la convivencia ni la considera realmente elemental para el futuro luminoso de nuestra especie. Más bien, la vida se les ofrece opaca a los niños y niñas, iluminada, ilusa y artificialmente, por pantallas perecederas. ¿Qué tesoros guardarán los niños en sus bolsillos para recuperarlos en el sueño de su adultez?

El acto mismo de la pedagogía para construir una *felicidad niña* y expandirla a las familias y espacios sociales diversos debe fluir desde una posición graciosa, desde la madrugada al inicio de la jornada con el saludo amoroso, cortés y agradecido hasta el crepúsculo en que las figuras de cuidado les bendigan, en idéntico protocolo, su sueño. ¿Qué tareas nos demanda a los profesores y a las familias estas mínimas acciones para el privilegio de la niñez? Por aquella duda, pienso en los docentes noveles. Hago votos para que no siga creciendo el descenso de las aspiraciones por el mundo educativo y que no se convierta a la escuela en salón de cuidados y reposo. Por ello, me anima que de alguna forma o bajo alguna ilustrada iniciativa de la política pública educativa se presente a Gabriela Mistral como una inspiración filosófica propia de la teoría educativa de Latinoamérica.

Si los profesores y profesoras principiantes se enamoran de la pedagogía mistraliana, luego de conocer y apreciar su teoría, buscarán, tal vez, maneras de incorporan su verso y su palabra honesta a una propia lectura de su perspectiva pedagógica, como yo misma he levantado esta idea de la ruda ternura pedagógica. Por ahora, para mí, la ruda ternura pedagógica debe actuar sin descanso ni demora, no debe detenerse quién sabe o reza con fervor que la vida auténtica no está en esa mezquindad del poder de turno ni en los infortunios epocales. Que hay un poder mayor que reside en saberse como persona amada, en poseer el refugio preciso y los artefactos imprescindibles para sostener la vida en tiempos aciagos, haciendo frente a las condiciones humanas propias y ajenas, consabidas e inesperadas. A veces es cierto que el profesorado y los educadores en general caminan, sonámbulos, al filo de las fuerzas. Sin embargo, frente a los males y oscuridades de la existencia, nos cabe como maestros y maestras sembrar la semilla del naranjo oloroso que promete la *felicidad niña* desde la ruda ternura.

No seas cobarde. No se pudiera abrir una rosa si sus pétalos tuvieran miedo de rasgarse... Aprende esa sobriedad, esa naturalidad, esa viveza en Pascal, en Heine, en el Dante; No destierres ni a los escolares galanes de tu grave biblioteca punto hace bien una sonrisa. (Mistral, 2020, p. 29)

Ruda ternura para que todo sea ronda

Nos desafiamos, entonces, a pensar una ruda ternura que aplique con gesto y palabra firme, serena y paciente en el cotidiano de la escuela y que, con ello, atienda desde palabra justa y el diálogo solidario. Resulta significativo para reconocernos en el otro como un igual, un legítimo otro encarnado en colores, sentires y expresiones similares y divergentes. Porque así lo muestra la existencia en su multiplicidad ontológica. La vida merece ser vivida y vivible en democracia. Como perspectiva política de organización social, garantiza la sobrevivencia al amparo de la luz de la razón y la ética.

Gran parte de nuestros males epocales radica en la decrecida valoración a la democracia y los propósitos humanistas que inspiraron otros tiempos y que reconocemos como pasos trascendentes de la humanidad. Mistral, un siglo atrás fue testigo del peligro de la falta de democracia o su ejercicio ficticio. Esa condición, fruto de la estructura dinámica de la historia, vuelve a presentársenos en Chile y, entonces, las precauciones de Mistral cobran sentido como si estuviera siendo testigo de nuestros días:

¿Y qué es lo que sale, ¡Santo Dios!, de la papeleta de colores, del alzar la mano y el sumirse el papelito tragado de la urna? Parece que ciertos actos, por ser gratuitos y repetidos y por no acarrear mayores consecuencias, pasan a ser lo más banal del mundo en nuestra vida criolla ayuna de gravedad y tan dada a una malicia en las que el ciudadano cree ser el burlador siendo que resulta el burlado...

No matamos, no, lo colonial, apenas lo herimos, y las heces de eso seguirían obrando bajo la forma del caciquismo y dictaduras primero, y de fascismos después.

He visto y oído cómo se dan de torpes, secas y acartonadas, las clases de Instrucción Cívica en nuestros colegios. Hurgando en los adolescentes, me di cuenta de que la palabra “República” sabía en sus bocas a fruta insípida y sonaba en sus oídos como

un ruido sin voz; otro tanto ocurría con la palabra “Democracia”.

Lo que la Democracia significa todavía en la boca de nuestra gente de trabajo son unos salarios mejores y lo que deriva de ello: arrojamiento decoroso, la ropa común y la dominguera, un plato más de comida, cinema, etc. Y ella se nos queda en esta mediocridad ayuna de superaciones. (Mistral, 2020, pp. 274-275)

En suma, nuestra educación, principalmente desde la reflexión articulada del gremio docente y sumando la afanosa tarea instructiva de conocer a Mistral por parte de noveles profesores y profesoras nos impone grandes y urgentes desafíos para cuidar la niñez, especialmente, para resguardar la *felicidad niña* como reservorio si aún soñamos como posible una humanidad futura. Para tal propósito, ambicioso como una batalla frente a bestias tenebrosas en novelas medievales, hay que poner valentía, lucidez instruida, gracia y sobre todo serena paciencia, pues la tarea requiere de esfuerzos y hay que guardar tiempo de jolgorio y paz para seguir adelante. Confío en que la defensa del diálogo se logre, en que cada maestro y maestra en su contexto y en su recorrido cotidiano de su faena pedagógica defiendan su oficio para con niños y niñas con una ruda ternura, al modo en que la comprendo en Mistral y, en ese tránsito, quizá con el tiempo, otros y otras vean en ello una encomiable labor de la pedagogía. Por el momento, invito a pensar o imaginar que si este propósito es ley de fuego al menos en cada persona que educa en ritmos y pasos paulatinos surgirá la ruda ternura en la intención y luego, se convertirá en práctica común, en señales definitivas. Y entonces, todo para los niños y las niñas será ronda en la escuela. Desde allí en el amplio mundo, para una humanidad futura:

Todo es ronda

los astros son rondas de
niños, jugando la tierra a
espiar... los trigos son talles
de niñas
jugando a ondular..., a ondular ...

los ríos son rondas de niños
jugando a encontrarse en el
mar... las olas son rondas de
niñas jugando la tierra abrazar...

Referencias

- Hooks, B. (1999). Todo sobre el amor Editorial Paidós: España
- Del Pozo, D. (editor/investigador) (2020) en Por la Humanidad Futura. Antología Política de Gabriela Mistral. La Pollera Ediciones.
- Freire, P. (2010). Cartas a quien pretende enseñar (2º ed.). México: Siglo XXI editores S.A de C.V. . [trad. Stella Mastrangelo] (original en Portugués, 1993).Cuarta carta: De las cualidades indispensables para el mejor desempeño de las maestras y los maestros progresistas, p. 60.
- Mistral, G.(1979) Magisterio y niño. Selección y prólogo de Roque Esteban Scarpa. Santiago: Editorial Andrés Bello.
- Mistral, G. (2017). Pasión de enseñar. Pensamiento pedagógico. Valparaíso, Chile: Ediciones Universidad de Valparaíso.
- Mistral, Gabriela. (2020). Por la Humanidad Futura. Antología Política. La Pollera Ediciones.
- Mistral, G. (2019). Gabriela Mistral en verso y prosa. Antología. Edición conmemorativa de la RAE y la ASALE. Real Academia Española, Asociación de Academias de la Lengua Española, Editorial Alfaguara.
- Mistral, G. (1967) "Montañas más" en " Poema de Chile", editorial Pomaire.